

El reinado de Riley King

Pablo Espinosa

En las casi nueve décadas en las que hizo de este mundo su reino, Riley King sobrevivió a 18 accidentes automovilísticos, llegó a ofrecer 300 conciertos cada año durante una década, grabó más de medio centenar de álbumes, muchos de ellos considerados tesoros, acarició a muchas mujeres pero el amor de su vida fue Lucille, una guitarra Gibson de formas voluptuosas.

Corpulento, gigantesco, plantígrado con sonrisa de ángel, el rey nació el 16 de septiembre de 1925, muy pobre, de una familia de esclavos, para liberar de su tristeza a los humanos.

¿De qué manera?

Con un estilo guitarrístico de su invención que consistía en habilitar a su guitarra como segunda voz, con una artillería de notas inclinadas con énfasis, en una de ellas mediante un sistema inequívoco de *slide*.

El *vibrato*, ese dedo índice machacando el mástil de la guitarra, temblando la mano entera, los dedos restantes como flotando, como pidiendo auxilio en su caída, ascenso y vueltos a caer.

La mano tiembla, acaricia, hace suspirar la guitarra y entonces esa mano se retira como si el contacto la hubiera incendiado, golpeado, fulminado y una vez que el aire circundante hizo tarea de sanación, la mano vuelve a la caricia y la música suena ahora a suspiro.

Esa manera de tocar lo hizo inconfundible. Insustituible.

Con el Rey Riley B. King se fue, el miércoles 13 de mayo de 2015, una era entera, porque él había establecido el antes y el después, el aquí y el ahora.

Se trata de un arte irreproducible, imposible de producir en serie. El único que tiene la llave del tesoro ya está muerto.

¿Y el tesoro?

La bondad de su majestad es tan grande como lo fue su humanidad: he ahí los discos, filmes, videos. Eric Clapton fue el primero en tomar la palabra cuando el maestro murió: “¿Quieren saber quién fue B. B. King? Vayan y compren el disco *Live at The Regal*, de 1965, y sabrán quién acaba de morir”.

He ahí los momentos en que lo vimos en vivo, estaqueados en la butaca, en hipnosis febril.

Su majestad en escena: cierra los ojos; hay un instante en el que cierra los ojos, aprieta los párpados y con ellos todos los músculos que rodean su frente, ojos, nariz, entendederas. Un macizo de relámpagos su rostro. Un amasijo de pasión. *Thrill*.

Y entonces sus manos delicadas de monarca pisan las cuerdas, acarician el cuello de Lucille y ambos sonríen. Ninguna mujer volverá a sonreír de esa manera tan sedosa, sensual, tan misteriosa como Riley King hacía sonreír a Lucille, para luego llorar gentilmente. El mar de sudor que hace brillar su rostro está alimentado por un sinnúmero de ríos de lava a manera de sudor.

Lo que resulta, lo que suena, es la música madre: el blues.

Había una vez un rey que nació esclavo en una plantación de algodón en el delta de Mississippi.

Rompió muchos paradigmas, entre ellos la condición de pobreza característica de los músicos de blues.

La mayor de sus revoluciones consistió en masificar una música que en realidad es marginal, de conocedores, territorio sagrado: el blues.

Riley King fue un hombre sabio. Siempre encontró la manera de lograr los imposibles. Para lograr que millones en el

planeta entero escucharan con agrado una música otrora destinada sólo a exquisitos, incluso denostada, perseguida, ninguneada: “la música del diablo”, él la disfrazó de pop, la vistió de jazz, la envolvió en telas sedosas de soul, góspel. Y una buenísima dosis de rhythm and blues.

Gracias a B. B. King por igual doctos que ignorantes, pobres y ricos, pirrurros y vatos locos, jóvenes y rucos, todos, sin reto-bos escuchan blues. Se emocionan (*thrill*).

El blues, hay que insistir, es una forma de conciencia social, una actitud, un modo de vida. No es un género musical. Es la madre nutricia, el origen. El alfa y el omega.

De manera que escuchar blues implica un compromiso.

Gracias a B. B. King millones en el planeta disfrutaron el blues, se conmueven (*thrill*) con las historias que cuenta el blues.

Por eso B. B. King es el rey del blues. Ninguno entre los grandes *bluesmen* ha logrado un consenso tan apabullante, masivo. Global.

Combinar los elementos. Hacer nacer de varios ingredientes un platillo nuevo, único, irresistible. Darle a las personas, como decía Malraux acerca del conocimiento, lo que tienen pero ignoran que lo tienen.

Ese fue su secreto a voces.

Y a propósito de voces, su manera de cantar el blues también fue su marca de agua: diálogos, nunca monólogos, aun en los momentos en que sostiene soliloquios mientras narra una historia.

Lo suyo fue contar historias y las ilustraba de manera divertida, como en el momento en el que la canción incluye la palabra *kiss* y entonces inclina el micrófono como si fuera el cuello de una mujer y plan-

ta al aire sonoros besos. Lo que los clásicos ubican en el repertorio de los besos tronados.

Tornados, truenos, relámpagos, temores y temblores. Su obra emblemática, *The Thrill Is Gone*, lo es por la suma semántica de su contenido. Merced a la intensidad voltaica de sus *riffs* y la guturación dramática de su canto, la palabra *thrill* adquiere en él todos sus significados posibles.

De acuerdo con el *Diccionario Velázquez de Inglés-Español* (Appleton-Century-Crofts, New York, 1969), *thrilles*, en primer lugar, trino, quiebro de la voz.

También: *thrill*: penetrar, hacer experimentar una emoción.

2. Hacer estremecerse. Estremecerse o conmovirse por alguna pasión violenta; experimentar una pasión viva.

3. Penetrar, herir el oído con sonidos o gritos violentos o agudos.

4. Temblar, moverse temblando.

To thrill the blood: hacer hervir la sangre.

Ponga el lector a sonar la pieza *The Thrill Is Gone*, con B. B. King, y encontrará la materia exacta de todo esto que define el diccionario.

Pasión violenta. La visión ganadora de Riley King siempre lo dotó de las maneras hacia el éxito. Por ejemplo, el nombre de su guitarra, Lucille, es por sí mismo un acierto, pero lo es más porque el origen es casi mitológico.

Había una vez un tugurio en Kansas. Mientras Riley King hacía hervir la sangre con su guitarra de blues, dos hombres fortachones llevaron a las manos sus pasiones: se trenzaron en una lucha tan cruenta que los puñetazos, abrazos y revolcones dieron con una lámpara de keroseno al piso y como el lugar era de madera, todo ardió en instantes y en tropel todos salieron en busca de oxígeno.

Ah, pero he ahí que nuestro héroe había olvidado a su guitarra en medio de las llamas y eso no podía terminar así, de manera que desapareció en medio del fulgor de las llamas, para volver a aparecer con una sonrisa en el rostro y su guitarra sostenida en brazos, como una damisela salvada de morir ahogada en el lago a medio bosque. La contra de Ofelia en el estanque, ese emblema de la pintura prerrafaelista.

Nadie sabe nada de ella, su historia personal, su origen y destino parecen no importar a nadie, pero la dama por la que los forzudos se liaron a madrazos, se llamaba Lucille.

Hoy en día, todo mundo sabe que Lucille es la guitarra Gibson ES-335, de B. B. King.

Los amargos quisieran tacharlo de “mago de la mercadotecnia”. Lo cierto es que la visión de mundo y éxito de Riley King fue fuera de serie.

Para empezar, no tuvo que inventarse de la nada el linaje. Nació Rey. Tal es su apellido: Rey. De manera que nadie puede regatearle el color de su sangre: azul: blue(s).

Siempre supo el momento adecuado de dar el siguiente paso. Además de que la numeralia y la homonimia ya eran suyas de linaje: sus padres se llamaron Albert King y Nora Ella Farr. El padre los abandonó cuando Riley tenía cuatro años y cuando cumplió nueve supo que su madre, Nora Ella, había muerto. Supo porque ya no vivía con ella, sino con su abuela: Elnora Farr.

Si reunimos los nombres de la madre y de la abuela obtendremos una variante bonita de la palindromía: Nora Ella = Elnora.

Procedimiento similar de la homonimia con la que Riley habría de pasar a la posteridad:

Ya se compró su primera guitarra a los 12 años, ya quiere la leyenda que exista la versión de que no se la compró, fue un regalo de su tío, el legendario Bukka White (habría de tener otro tío legendario: el boxeador campeón de peso pesado Sonny Liston), ya cantó en el coro góspel de la iglesia del pueblo, ya trabajó como chofer de tractores en la plantación de algodón, ya se fue a Memphis a vivir con su tío Bukka White, ya regresó a su pueblo porque, ya lo dijimos, siempre supo cuándo era el momento adecuado de dar el siguiente paso, nunca antes, jamás después y ahora sí, un año después regresó a Memphis para iniciar una carrera mitológica.

Bueno, estamos entonces ya en Memphis. Ya pagó su cuota: tocó en la calle por monedas, alegró las esquinas, puso música a la danza del polvo de las tardes.

Su buena estrella, el apoyo de su tío Bukka White pero sobre todo su talento le dieron su primer empleo: como locutor, qué digo locutor, como pinchadiscos, o *dj*, en una estación de radio, en la estación KWEM, donde conoció a Sony Boy Williamson II y luego a uno de sus maes-



B. B. King

tros definitivos, una de sus mayores influencias estilísticas: T-Bone Walker.

Al joven Riley le gustaba mucho la letra B. De hecho, ya firmaba con una B interpuesta en su nombre original: Riley B. King.

Nadie a la fecha sabe qué quiere decir esa letra B que añadió en su nombre. Aunque el enigma resulte muy sencillo de resolver: B = Blues. Sostenga el lector esta hipótesis y verá que nadie la podrá refutar con argumentos.

Vivía en la calle Beale. De manera que su autobautizo como *dj* en la radio fue sencillo: Beale Street Blues Boy, que por fuerza de repetición al aire acortó a Blues Boy, que por fuerza del destino quedó en BB = B. B.

Señoras y señores, con ustedes, su majestad: B. B. King.

Blues Boy King. El Niño Rey del Blues.

Las dotes, los blasones, la sangre color blues, la realeza entre músicos ya era tradición antes de que Riley supiera en qué momento dar el siguiente paso. Pero él ya había nacido Rey. Tal era su apellido. No tuvo que inventarse nada.

Como sí tuvieron que hacerlo otros nobles: el conde Count Basie, el rey King Oliver, el maestro Albert Nelson que cambió a Albert King, igual que Benjamin Earl Nelson pasó a Ben E. King y Carole Klein a Carole King.

B. B. King murió multimillonario. Y como en toda historia de un ser humano, el elemento shakespeareano no le fue ajeno.

Vivía en una burbuja, protegido. Se daba el lujo de dar conciertos, cada vez menos pero lo hacía. Cuando joven llegó a ofrecer casi un concierto cada noche durante un año. Y siempre en escenarios diferentes. En pueblos aledaños.

A punto de cumplir 90 años, vivía en Las Vegas, ciudad emblema de la fama y la fortuna.

El primer día de mayo de 2015, la noticia dio vueltas al mundo varias veces: B. B. King fue nuevamente hospitalizado pero los médicos le concedieron volver a casa, donde debía tener la misma atención que en el hospital.

La historia shakespeareana ocurrió tras bambalinas: Jesse Roybal, oficial de policía, dio a sus superiores un reporte: se suscitó una acalorada disputa doméstica: la hija mayor (de entre los 15 que procreó o adoptó Riley), Patty King, gritaba frente a Laverne Tobey, apoderada (ese es el término legal) de B. B. King: su *manager* desde muchos años y con poder de decisión sobre la persona y los bienes del maestro legendario.

La hija mayor gritaba, clamaba: “mi padre tuvo un paro cardíaco y necesita atención médica inmediata”. A lo que la apoderada legal contraponía, y así declaró a la

prensa más tarde: “el señor King está donde desea estar. Siempre me ha dicho que no le gustan los hospitales. Quiere estar en casa”.

El escándalo fue tan notorio que hubo una llamada a la policía y acudió también una ambulancia. Los paramédicos midieron los signos vitales del músico y ya en el hospital encontraron problemas de presión alta. Una súbita subida de presión.

La propia apoderada legal, Laverne Tobey, reconoció ante los medios de comunicación que ya el 16 de noviembre anterior hubo un reporte policiaco de un supuesto abuso doméstico en detrimento de la persona del señor Rey. La policía negó dar detalles de la investigación. Se limitó a decir que no hubo arresto alguno.

La del primero de mayo de 2015 fue la segunda hospitalización forzada del señor Rey en menos de un mes. El 7 de abril también logró volver a casa para “cuidados hospitalarios en el hogar”.

Riley King padecía diabetes, mal por el que murió su madre de manera prematura. Desde que cumplió 60 años, Riley no fumaba ni tomaba. En nada se excedía. Se cuidaba escrupulosamente. Vivía en una burbuja.

Presenciar una pelea por él entre dos mujeres: su apoderada y su hija mayor, le causó tal dolor, alteración emocional, disgusto y emoción tan fuerte, que el conjunto de acontecimientos (*thrill*) desencadenó su muerte. Ya no se recuperó. Lo último que presenció fue el drama humano de las personas de edad que se ven envueltos en dilemas éticos entre familiares y personas cercanas.

El de B. B. King no es el único caso de personas famosas en disputa entre sus familiares y cercanos. William Shakespeare ya sabía de estos asuntos y los puso en dramaturgia.

El hecho es que Riley B. King expiró el 13 de mayo de 2015 en su burbuja de protección, en su casa de Las Vegas, Nevada.

El primero en dar la cara fue su alumno Eric Clapton, quien se plantó, chinguñoso, somnoliento y muy triste, frente a la cámara de su *laptop* muy temprano por la mañana para dar un mensaje al mundo: se fue “el gran maestro”.

Lo demás es historia.

The thrill is (not) gone. **U**

